

Las donaciones de libros en la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (1810-1812)

Book donations at the founding of the Public Library of Buenos Aires (1810-1812)

Matías Maggio-Ramírez
Universidad Nacional de Tres de Febrero, Buenos Aires,
Argentina

Contacto: mmramirez@untref.edu.ar
<https://orcid.org/0000-0002-1106-1381>

Resumen

El objetivo de este estudio es analizar las tradiciones de la cultura política virreinal en las que se insertó la donación como práctica fundacional de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, actual Biblioteca Nacional de la República Argentina, "Mariano Moreno". A diferencia de la historiografía tradicional, que interpretó este gesto únicamente como una acción ciudadana movida por el fervor revolucionario y el bien común, este trabajo propone una lectura desde el pactismo español. Se sostiene que, entre 1810 y 1812, periodo de mayor volumen de ingresos, la donación funcionó como un acto de negociación del donante con el poder para obtener futuras contraprestaciones. Asimismo, mediante la microsociología de

Erving Goffman, se analiza cómo los letrados utilizaban la prensa para una "presentación de sí", seleccionando obras de prestigio para proyectarse como ciudadanos ilustrados y benefactores ante sus pares, en un proceso que, retomando la noción de capital simbólico de Pierre Bourdieu, permitía convertir el capital cultural de los libros donados en reconocimiento social. Al reconocer las diversas agencias de los donantes, se dota de mayor complejidad a la historia de la lectura del siglo XIX y se reconfigura la relación entre el público lector y la institución pública.

Palabras Clave: Biblioteca Nacional, donación, historia de la lectura, historia de las bibliotecas, Buenos Aires.

Abstract

The aim of this study is to analyze the traditions of viceregal political culture within which the act of donation -as a foundational practice of the Buenos Aires Public Library (now the "Mariano Moreno" National Library of the Argentine Republic)- was situated. Unlike traditional historiography, which interpreted this gesture solely as an act of civic engagement driven by revolutionary fervor and the common good, this paper proposes an interpretation based on the Spanish tradition of *pactismo* (contractualism). It is argued that between 1810 and 1812, the period with the highest volume of donations, the act of donating served as a form of negotiation between the donor and the authorities to secure future returns. Furthermore, drawing on Erving Goffman's microsociology, the

study analyzes how learned individuals used the press for "self-presentation", by selecting prestigious works, they projected an image of themselves as enlightened citizens and benefactors to their peers, a process that, invoking Pierre Bourdieu's concept of symbolic capital, allowed the cultural capital embodied in the donated books to be converted into social recognition. Acknowledging the diverse forms of agency exercised by donors adds complexity to the history of nineteenth, century reading and reconfigures the relationship between the reading public and the public institutions.

Keywords: National Library, donation, history of reading, history of libraries, Buenos Aires

Recibido: 16/03/2026 / Aceptado: 08/07/2026

Introducción

La Biblioteca Pública de Buenos Aires, actualmente Biblioteca Nacional de la República Argentina "Mariano Moreno", tuvo como fecha fundacional el 13 de septiembre de 1810 cuando se publicó la noticia en la Gaceta de Buenos Aires, bajo el título "Educación". La institución creció gracias a las incautaciones realizadas por el gobierno revolucionario a la biblioteca de los jesuitas, a los contrarrevolucionarios y, principalmente, por las donaciones de ciudadanos.

En estas líneas se busca abrir la puerta a nuevas preguntas para interpelar las donaciones a la Biblioteca Pública de Buenos Aires. El objetivo es rastrear otras hipótesis sobre la donación de libros en relación con las tradiciones ligadas a la cultura política virreinal. Este cambio de enfoque permitirá encontrar la tensión entre la búsqueda del bien común, ideario con el que se interpretaron las donaciones de libros a la Biblioteca, y el interés particular, que era propio de la donación en el marco de la cultura política tardocolonial. Cambiar el eje del interés público por el privado permitirá ahondar en la presentación de sí que los donantes hacen en la prensa. No se trata de indagar la fortuna de quienes donaron luego del período revolucionario y si hubo una relación directa entre la donación de libros y su actividad comercial, sino, tan solo proponer otro marco narrativo para

que futuras investigaciones puedan adentrarse en él.

La historiografía tradicional interpretó estas donaciones como un desinteresado fervor revolucionario que habilitaba un nuevo tiempo en beneficio colectivo. Sin embargo, siguiendo a Goffman (1997), podemos entender que cuando el individuo se presenta ante otros, "su actuación tenderá a incorporar y ejemplificar los valores oficialmente acreditados de la sociedad" (p. 44). En la misma sintonía, se podrá interpretar la categoría de "capital simbólico" de Pierre Bourdieu (2019) que necesita del entorno social para su validación. Así, el gesto de donar y publicitar el nombre propio en la prensa no sería solo patriotismo, sino una forma de idealizar la propia imagen para encajar en el nuevo orden social.

A diferencia de las lecturas previas sobre la donación a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, se indagó la formación y función de la biblioteca revolucionaria en relación con la cultura política virreinal, en el marco del pactismo español. Esta práctica fomentaba las donaciones particulares a las arcas del monarca como un acto de negociación del donante con el poder real (Grieco, 2018). Para abordar esta lectura, primero se revisará la historiografía sobre las bibliotecas virreinales como telón de fondo de la fundación de la Biblioteca Pública,

para luego poner de relieve el corpus documental y marco teórico que servirá para analizarlo y contextualizar la donación de libros en el marco del pactismo borbónico.

Panorama de las bibliotecas virreinales

Luego de la expulsión de los jesuitas de la gobernación de Buenos Aires, en 1767, el gobernador Francisco de Paula Bucareli y Ursúa le propuso al conde de Aranda que se entregara a los dominicos las bibliotecas de los expulsos con "la obligación de mantenerla como biblioteca franca para el uso del público" (Urquiza Almandoz, 1972, p. 215), pero, gran parte de esa colección ya había entrado en el comercio librero. En 1771, el notario Antonio José de Ayala le compró al librero José Silva y Aguiar, 1071 volúmenes provenientes de las bibliotecas de los jesuitas. Ayala no terminó de pagarle a Silva, por lo que quedó registro del conflicto al intervenir la justicia, teniéndole que devolver parte de los libros por el monto adeudado que llegaba a 972 pesos (Torre Revello, 1965).

La biblioteca de los jesuitas fue vendida a varios vecinos de Buenos Aires, entre los que se halló a Juan Baltazar Maziel. En Santa Fe, al parecer en 1774, parte de las bibliotecas de las temporalidades jesuitas fue utilizada por el preceptor del aula de latinidad para que "se valgan de los libros las personas que los quisieran leer, sin

sacarlos de aquel cuarto" (Rípodas Ardanaz, 1999, p. 249; Parada, 2002, p. 29). En 1794, Facundo de Prieto y Pulido, escribano de la Real Audiencia de Buenos Aires, y su esposa María de las Nieves Justa de Aguirre donaron la totalidad de sus libros al Convento de la Merced en Buenos Aires para que la biblioteca pueda ser franqueada a los lectores que quieran aprovecharse de la lectura que les sea conveniente (Parada, 2002). Trece años después, el abogado José Vicente Carrancio donó sus libros al convento para que "aumenten su biblioteca pública" (Rípodas Ardanaz, 1999, p. 249).

El estudio reciente del inventario y de los distintos documentos de Prieto y Pulido permitió reconstruir la circulación pública de libros durante el período virreinal en Buenos Aires. La biblioteca de Prieto y Pulido, con un total de 336 obras, se formó desde América, a diferencia del obispo Manuel de Azamor y Ramírez que trajo su biblioteca desde España y que al momento del inventario de la misma contaba con 1069 obras (Parada, 2002). Este elenco bibliográfico donado al convento por Prieto y Aguirre se mantuvo separada de la librería principal de la orden y se instaló para su consulta para que "todos los [días] que no sean fiestas de los preceptos por la mañana desde las 8 a las 11, y por las tardes desde las 3 hasta las 4, excepto en los 4 meses de diciembre, enero, febrero y marzo que será desde las 4 hasta las 6 de la tarde" (Parada, 2002, p. 39). Los horarios dispuestos para la consulta

tal vez fueron tenidos en cuenta por Bernardino Rivadavia cuando propuso que la Biblioteca Pública cumpliera con la atención vespertina de los lectores.

En 1796, la librería del obispo Azamor y Ramírez fue testada en favor de la iglesia porteña, para que con ellos se forme, en palabras del clérigo, "una librería pública que sirva para utilidad y decoro de la misma Santa Iglesia y fomento de las ciencias" (Rípodas Ardanaz, 1999, p. 249). Las bibliotecas de la universidad, así como del colegio Máximo de la ciudad de Córdoba, como la del Real Colegio de San Carlos en la ciudad de Buenos Aires, contaron con bibliotecas, pero solo eran accesibles a los docentes y estudiantes.

La demora en llevar adelante el pedido de Azamor, se topó con las invasiones inglesas en Buenos Aires, entre 1806 y 1807, por lo que se postergó el cumplimiento de sus deseos hasta que su librería fue incluida entre los volúmenes fundacionales de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, en 1810. En síntesis, las distintas bibliotecas virreinales que se establecieron o testaron tuvieron como finalidad el bien común.

Una historia de la Biblioteca Pública

En el artículo de la *Gaceta de Buenos Aires*, se anunciaba que la Junta de Gobierno se encontró ante "la triste necesidad de criarlo [sic] todo"

("Educación", 13/9/1810, p. 234), por lo que resolvía fundar una biblioteca con el objetivo de facilitarle "a los amantes de las letras un recurso seguro para aumentar sus conocimientos" ("Educación", 13/9/1810, p. 235). A renglón seguido, se explicitaba que la utilidad de una biblioteca era "tan notoria" que no hacía falta explicar porque "toda casa de libros atrae a los literatos con una fuerza irresistible" ("Educación", 13/9/1810, p. 235). Se invocó la creación de la Biblioteca Pública porque era "uno de los signos de la ilustración de los pueblos, y el medio más seguro para su conservación y fomento" ("Educación", 13/9/1810, p. 235), por lo que desde el texto fundacional se sostuvo que la nueva institución fomentaría el bien común.

Entre el anuncio de la creación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires en la *Gaceta*, en 1810, y 1812, año en que se realizó la apertura al público en el mes de marzo, la institución registró 725 entradas en su libro de ingresos y donaciones (Primer libro de donaciones, s/f), que no incluye los libros de los jesuitas, ni de los contrarrevolucionarios, así como tampoco la biblioteca de Azamor y Ramírez. Entre 1810 y 1824, el total de ingresos registrados fue de 1009, por lo que, en el período de los dos primeros años de la Junta de Gobierno, se recibió la mayor parte de las donaciones, que no se mantuvieron en el tiempo con el mismo énfasis. Entre 1825 y 1833,

no hubo noticias de ingresos por donación o compra en el libro de donaciones de la primera institución pública creada por el movimiento revolucionario de mayo de 1810.

La solicitud de donaciones para el establecimiento de la Biblioteca Pública interpeló también la tradición que buscaba el aporte individual como estrategia de negociación que apelaba a una futura e incierta contraprestación del poder real, en tiempos en que se gobernaba bajo la máscara de Fernando VII. El universo simbólico y normativo de la monarquía borbónica se mantuvo vigente más allá de la Revolución de Mayo, por lo que se busca analizar la fundación y la solicitud de donaciones que apelaron a distintas tradiciones sobre las agencias de los actores.

Durante el período de la Ilustración, se fundaron bibliotecas con base en "las categorías lingüísticas y culturales compartidas y a una historia en común" (Barbier, 2015, p. 376), tanto la Real Biblioteca Pública de Madrid, que se formó por las librerías regias, y la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, que fue financiada por mandato legislativo por el Estado Nacional. En cambio, la Biblioteca Pública de Buenos Aires obtuvo la mayor cantidad de donaciones de libros en sus primeros años gracias a las bibliotecas particulares con exiguo apoyo para el pago de sueldos por parte de las instancias gubernamentales (Parada, 2009).

Las lecturas sobre las donaciones

Paul Groussac (1901), al escribir la historia de la Biblioteca Nacional de la República Argentina "Mariano Moreno", creyó que por "el entusiasmo irresistible de Moreno, la población urbana, sin distinción de nacionalidad" (p. 14) realizó donaciones para la institución. El bibliotecario se propuso para más adelante escribir sobre las donaciones fundacionales al analizar las correspondencias o contrastes entre el donante y la donación al evocar la fábula de La Fontaine, "*El gallo y la perla*", para justificar que muchos de los libros donados ya no eran de utilidad al donante. Groussac hizo hincapié en los géneros literarios que se donaron. Encontró que, en mayor medida, las obras eran ensayos y no la literatura poco erudita, como la *Matilde* de Mme. Cottin, que suponía circulaba en las bibliotecas privadas virreinales. De alguna manera, puso en evidencia que la donación implicaba para el aportante la "presentación de sí" frente a sus pares, por lo que se cuidaba qué título entregar a la institución cuando éstos se anunciaban en la *Gaceta*.

Nicanor Sarmiento (1930) destacó que, en los tres primeros meses se donó a la institución "la suma de 16670 pesos fuertes, libros, mapas y otros objetos [...] Lo que prueba la afición por los libros y que había en esos tiempos buenas bibliotecas particulares" (p. 48). Unos años después, Ricardo Levene (1938) leyó las múltiples

donaciones desde “el carácter social de esta iniciativa que confundía en el amor a la Patria naciente a criollos y extranjeros” (p. 26). Al igual que sus antecesores, Levene acrecentó la figura de Moreno al destacar que su acierto fue “hacer una fundación con contribuciones populares y no un acto puramente oficial. Podría afirmarse que el nuevo sentido de la fundación genuinamente político es este, la Revolución de Mayo acababa de crear una Biblioteca Pública y de cultura general” (Levene, 1938 p. 34).

Cañidos a los límites disciplinares, ninguna de las historias de la literatura argentina, como la escrita por Ricardo Rojas (1924), para la librería y editorial La Facultad, la coordinada por Rafael Arrieta (1958) bajo el sello Peuser, la que más adelante llevó a cabo Susana Zanetti (1979) en el Centro Editor de América Latina, y la última publicada por Emecé bajo la dirección de Noé Jitrik (Iglesias y El Jaber, 2014) abordan la fundación y donación de libros a la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

La historia institucional volvió a narrarse a partir de los años noventa, con la inauguración del nuevo edificio de estilo brutalista. Hugo Acevedo (1992), además de mencionar los fondos bibliográficos que fundaron la institución como los del Colegio San Carlos y los testados por el Azamor y Ramírez, enumeró algunas de las donaciones que se mencionaron en la *Gaceta de Buenos Aires* y la compra por suscripción pública de la biblioteca

del naturalista Aimé Bonpland, así como la intervención de Larrañaga. Horacio Salas (1997) volvió sobre el acto fundacional de la Biblioteca Pública y mencionó las donaciones sin hacer análisis alguno sobre las mismas. Alejandro Parada (2009) abordó distintos aspectos sobre los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, así como las bibliotecas que nutrieron a la institución.

En el bicentenario de la fundación de la Biblioteca, su director en el 2010, Horacio González escribió una historia de la institución y consideró que “las donaciones impresionan por ser una muestra viva de la cultura clásica y antigua que se leía en el Buenos Aires de comienzos del siglo XIX” (2010, p. 25). Gustavo Míguez (2012) destacó “la diversidad de donantes, dado que figuran funcionarios, religiosos, militares, abogados, médicos, hacendados e incluso está consignada una donación de los comerciantes ingleses” (p. 11). Míguez sostuvo más adelante que “para promover el gesto patriótico, la *Gazeta de Buenos-Ayres* [llamado inicialmente así en 1810, cuando se fundó como el primer periódico de la etapa independiente argentina], difundió públicamente las noticias de donaciones en dinero y en libros que se entregaban para la realización de la Biblioteca Pública” (Míguez, 2012, p. 11).

A diferencia de Groussac, Míguez leyó en las donaciones el horizonte de discursos que circulaban en

Buenos Aires a principios del siglo XIX y, por otro lado, explicitaban “el ideal de emancipación política y cultural. Ambos elementos son constitutivos de una Biblioteca Pública pensada como meca de la sociedad rioplatense revolucionada e ilustrada” (Míguez, 2012, p. 12). Y, en sintonía con los estudios anteriores, las investigaciones de Matías Maggio-Ramírez (2013, 2021, 2022, 2023) se centraron en las donaciones ligadas a la historia de la medicina y a la historia natural, pero sin problematizar la motivación de los donantes. Es decir, quienes investigaron la historia de la Biblioteca Pública destacaron tanto los títulos como un signo de los tiempos ilustrados y neoclásicos, así como un gesto patriótico en favor del bien común.

Corpus y perspectiva de análisis

El *corpus* documental de este trabajo se compone del *Primer libro de donaciones* de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (s/f) y de las noticias publicadas en la *Gaceta de Buenos Aires*, entre 1810 y 1812, cruzadas cuando fue posible para identificar qué donaciones anunciadas en la prensa, efectivamente ingresaron a los fondos de la institución. A este *corpus* se le aplican dos categorías de lectura que operan de manera complementaria, la primera, tomada de la historia política de Viviana Grieco (2018), que permite leer la donación como un acto inscripto en la cultura del “dar” borbónica, donde el donativo

generaba un crédito a favor del donante frente al poder, más allá de su valor fiscal inmediato. Y la segunda, desde la microsociología de Erving Goffman (1997), que permite leer la publicación del nombre del donante en la prensa como una actuación ante un público de pares, en la que la fachada es construida a través de los vehículos de signos (Goffman, 1997, pp. 33-35). Por ejemplo, la elección del título donado, y no solo el gesto de donar, funcionaba como una forma de proyectar una imagen pública determinada. La combinación de ambas categorías busca correr el eje de la interpretación tradicional ligada al altruismo patriótico hacia aquella que le añade la dimensión estratégica de la negociación y la autopresentación.

A éstas se suma la perspectiva de Pierre Bourdieu (2019) para analizar cómo este despliegue de capital cultural (los libros) se transmuta, mediante el rito de la publicación, en capital simbólico, definido como un “capital de reconocimiento”. Para Bourdieu (2019, p. 119), “la existencia social es un *esse*, ser, pero también un *percipi*”, lo que implica que el nombre impreso no busca solo visibilidad, sino la conversión de una especie de capital en otra. Así, la donación permite al sujeto constituirse como un “ser percibido que da autoridad para imponer un percibir”, acumulando lentamente un “capital de crédito” o de creencia colectiva que le otorga un lugar de distinción en el nuevo orden

revolucionario. La combinación de estas categorías busca correr el eje de la interpretación tradicional ligada al altruismo patriótico hacia aquella que le añade la dimensión estratégica de la negociación y la autopresentación.

Las donaciones

Entre los libros donados se destacaron aquellos títulos que estaban prohibidos por la Inquisición así como por la legislación española. Muchos de ellos fueron registrados en el libro de ingresos y donaciones como la *Historia de América* de William Robertson, rector de la universidad de Edimburgo, gracias a la donación del comerciante inglés Alejandro Mackinnon. Ya en 1802, la obra de Robertson había sido cuestionada por Manuel José de Lavardén, bajo el seudónimo anagramático de Juan Anselmo de Velarde, en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* de Juan Hipólito Vieytes. Unos días antes de la apertura al público, el 5 de marzo de 1812, Luis José Chorroarín, primer bibliotecario de la institución, le escribió a Bernardino Rivadavia, secretario del triunvirato, para informarle que había cumplido con revisar 12 cajones enviados a Manuel Aniceto Padilla.

No se hallaron los manuscritos que se buscaba, pero se encontraron libros prohibidos, dentro de los que quedaron en la aduana al cuidado del alcalde hasta que la Junta dispusiera qué hacer (Levene, 1938).

Entre los libros prohibidos estaban el *Diccionario crítico* de Bayle, la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alambert, las obras de Montesquieu, Rousseau y Voltaire, la *Historia de dos Indias* de Raynal y los cuentos y novelas de Fontaine, entre otros libros (Levene, 1938). Y, el 6 de mayo de 1813, Chorroarín, a pedido de la Asamblea General elaboró una lista de 49 títulos, que podrían haber sido más si el dominico hubiese tenido a la vista "los edictos posteriores a la impresión del último índice expurgatorio" (Urquiza Almandoz, 1972, p. 212), según escribió el bibliotecario.

Los libros fundacionales no eran expurgos ni descartes realizados por las bibliotecas particulares, sino que eran ediciones recientes de temas que abarcaban las principales preocupaciones de la élite letrada y que las habían comentado o glosado en la prensa virreinal. La circulación de libros prohibidos por el régimen borbónico en Buenos Aires, se evidenció cuando entre las donaciones aparecieron los títulos vedados. Pero, como intuyó Groussac, no todos los libros de las librerías privadas llegaron a la Biblioteca Pública.

Al publicarse en la *Gaceta de Buenos Aires* (1810), los títulos de los libros que se donaban, era también una forma de presentarse frente a los otros lectores. La elección de los libros no era al azar, no se donaban novelas jocosas, sino que se presentaban aquellos títulos que tenían un valor

cultural y simbólico ante la mirada de otros lectores de la *Gaceta*. Por el otro, el donante tenía en cuenta la visibilidad, el capital social, entre la comunidad letrada, que se obtenía al publicarse en la prensa el nombre de los benefactores. En el “Análisis” del *Telégrafo Mercantil* se anunciaba que se darían a conocer los nombres y títulos de los suscriptores para que los condecoren. Allí se preguntaba el editor:

¿Habrà alguno que no quiera suscribirse?, ¿Qué dirán los verdaderos patriotas, cuando lean la lista, y vean que falta D. N. rico, e interesado en las noticias del *Telégrafo*?, ¿Qué dirá el hombre de Corte, de aquel que aun con proporciones muchas (por no gastar dos pesos) anda, corre, y aún vuela por leer *de gorra* el *Telégrafo* en los cafés, y casa del amigo? (*Telégrafo Mercantil*, 1914, p. 17).

El editor anhelaba que quienes los acompañaran en su aventura periodística compartirían su deseo para que Buenos Aires no fuera “el fiero lunar de las provincias cultas” (*Telégrafo Mercantil*, 1914, p. 17). La exhibición de la donación de libros en la prensa porteña implicaba una operación metonímica, era la parte del todo de lo que estaba en la biblioteca del donante. La reducida comunidad letrada compartía vínculos y espacios de sociabilidad, por lo que las páginas de la prensa fueron otro lugar donde

encontrarse al compartir los mismos intereses, y mostrarse frente a los pares. Tal vez fue una de las razones por las que no se encontraron entre las donaciones los libros jocosos. La presentación de sí mismo se realizaba con los libros donados, tanto en nombre propio como el de la descendencia del donante.

La donación entre la cultura política y la Biblioteca Pública

Viviana Grieco (2018) en su investigación abordó las múltiples facetas de la política del dar durante la monarquía borbónica en el Río de la Plata. La autora rastreó cómo, en tiempos de guerra, mediante la solicitud de donativos, se invocaba la lealtad de los súbditos en favor de la corona. Los donantes, al hacer sus generosos aportes, contaban con un crédito a favor para solicitar beneficios económicos, políticos y sociales al monarca. Grieco encontró que, desde finales del siglo XVIII y principios del XIX, los donativos fueron una faceta persistente, a pesar de los cambios que hubo entre el mundo imperial borbónico y las revoluciones americanas. Las donaciones a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, a partir de este enfoque, no sólo se pueden leer desde el fomento del “bien público” sino en el macro de la cultura política del dar como una estrategia que buscaba su contraparte desde las agencias gubernamentales, por ejemplo, el Cabildo.

La donación, en el marco del pactismo, fue una forma de poner los recursos propios al servicio de la conservación del cuerpo político, bajo la expectativa de una ventaja o compensación futura por parte del gobierno: no era sumisión sino negociación. La vecindad no se definía en el siglo XVIII por la cercanía en la ciudad, sino que era sinónimo de ciudadano en tanto era “el vecino de una ciudad que goza de sus privilegios, y está obligado a sus cargas”, según el *Diccionario de Autoridades* de 1729. En la urbe, los vecinos “eran hombres libres que se ubicaban entre los artesanos que estaban abajo y los nobles, los oficiales reales y los curas que estaban arriba. La particularidad de la sociedad rioplatense virreinal es que los vecinos de prestigio ocuparon el lugar de la nobleza faltante” (Casanello, 2008, p. 20). El vecino de las reformas borbónicas era “un sujeto corporativo, elector de autoridades y habilitado para postularse a cargos electivos; por eso no existía ciudadanía en el mundo rural donde no había elecciones ni autoridades elegibles” (Casanello, 2008, p. 22).

Es decir, “Ciudadano/vecino era el habitante varón de su localidad, usualmente imaginado como padre de familia. El ciudadano/vecino ocupaba una posición social elevada con respecto a la mayoría de los habitantes” (Aljovín de Losada, 2015, p. 184). Donar libros fue, en este sentido, una de las vías disponibles para que el antiguo vecino negociara

su reconocimiento como nuevo ciudadano patriota, en un momento en que la propia condición de “ciudadano” todavía no era universal, sino que se asociaba a una posición de notabilidad urbana. La apelación a las “luces” cumplía una función semejante como marca de distinción. Entregar libros no era solo un acto de instrucción pública sino una forma de apropiarse del prestigio asociado a la ilustración, que definía a la nueva élite letrada que habitaría la “casa de libros”.

Grieco (2018) halló que los donativos para incrementar las arcas reales se solicitaban en momentos críticos. Las donaciones no eran gratuitas, implicaban acuerdos que tenían repercusiones fuera del terreno fiscal y financiero, ya que éstos vinculaban al rey y a los súbditos más allá de los momentos de crisis. La autora siguió los postulados de Keith Michael Baker que le permitió pensar los donativos como actos políticos “porque pretendían compensaciones por el apoyo financiero”. La cultura política, en sentido amplio, implicaba

una actividad mediante la cual los individuos y los grupos de cualquier sociedad expresan, negocian, implementan e imponen los reclamos en conflicto que tienen entre sí y hacia un todo. La cultura política es [...] un conjunto de discursos o prácticas simbólicas por medio de las cuales se realizaban tales reclamos (Grieco, 2018, p. 13).

Se demostró que cualquiera podía pretender negociar con el rey. Quienes donaban eran “hombres y mujeres; indígenas, personas de etnia mixta y españoles; clérigos y laicos; individuos y corporaciones” (Grieco, 2018, p. 21). Aunque, no todos llevaban adelante las negociaciones con la misma fortuna. En el Río de la Plata, a través de la intermediación del Cabildo “los sectores populares fueron incluidos como beneficiarios del proyecto imperial, y, como tales, empezaron a contribuir a la Corona en el plano financiero y en el político” (Grieco, 2018, p. 21). La incertidumbre era parte de la negociación porque el donante no sabía de qué manera ni en qué momento sería recompensado o si recibiría alguna compensación por su aporte, pero la confianza en el proyecto imperial español era a prueba de dudas. Bajo este panorama, la autora concluyó que “el ascenso social era posible, pero que dependía del talento, del servicio, del patrocinio y del éxito económico” (Grieco, 2018, p. 15).

Las invasiones inglesas, en 1806 y 1807, en el virreinato del Río de la Plata fueron un hito que permitió al Cabildo aumentar las recaudaciones porque fue “una experiencia de transformación política para los aportantes, puesto que las recaudaciones coincidían con un compromiso por parte de los vecinos con un tipo más activo de vecindad” (Grieco, 2018, p. 24). La autora sostuvo que “la perspectiva de ascenso social

estimulaba la movilización política en una comunidad que, aspirando a la conservación del bien común” (Grieco, 2018, p. 24), más allá de los intereses particulares o corporativos.

En tiempos del virrey Cisneros, ya para 1809, los aportes de donativos eran parte de una vecindad activa como forma de una transición entre las antiguas y nuevas formas de representación política. La política del dar, después de 1810, se encontró con la urgencia de las arcas revolucionarias para reunir fondos, y los donativos fueron insuficientes, aunque las autoridades los solicitaron hasta 1816. La autora sostiene que “los donativos perdían su eficacia fiscal, aunque conservaban su capacidad de movilizar apoyo político” (Grieco, 2018, p. 299). De hecho, encontró que, a partir de 1810, ya no se realizaban grandes donaciones, sino que “el 86% de los aportantes era por cifras menores a 50 pesos y las más frecuentes eran de 4 u 8 pesos” (Grieco, 2018, p. 300). Quienes contribuían estaban comprometidos con el proceso revolucionario al invocar el nombre de su descendencia. De igual manera se encontró en septiembre de 1810, cuando en *Gaceta* se anunciaba donaciones de un padre a nombre de sus hijos en favor de la Biblioteca Pública.

Es decir, “mostraban que invertían en las generaciones futuras de revolucionarios y en su compromiso por mantener una comunidad

liderada por jefes de familia que fueran trabajadores, de moral impecable e independientes" (Grieco, 2018, p. 300). Por ejemplo, la falta del don o el doña, o las referencias a los oficios manuales implicaba que las donaciones revolucionarias las realizaron en su mayoría las clases trabajadoras urbanas (Grieco, 2018, p. 301). Después de 1809, fue el Cabildo de Buenos Aires, a nivel municipal, que contaba con "el poder de redistribución del cabildo comprendían a todos aquellos que contribuían al bien común, incluso a aquellos de menores recursos" (Grieco, 2018, p. 309).

Al revisar en la *Gaceta*, las noticias sobre las donaciones efectuadas a la Biblioteca Pública se encontraron los mismos recursos enunciativos que se mencionaron arriba. Entre los contribuyentes se mencionó a "D. Eugenio Balbastro" que donó a nombre de sus hijos "D. Marcelino de 17 años, D. Vicente de 10, D. Pedro Crisólogo de 9, y D. Eugenio María de 2" la suma de 16 pesos con 4 reales. (*Gaceta*, [1910] 25/9/1810, p. 11 [433]). También "D. Jacinto de Oliden, a nombre de su hijo D. Tomás Pedro" entregó 2 pesos (*Gaceta*, [1910] 2/10/1810, p. 11 [461]), así como "D. Sebastián Guerra y López, 2 onzas, una por sí, y otra por su hijo D. Sebastián" por el equivalente a 34 pesos con 4 reales (*Gaceta*, [1910] 23/10/1810, p. 10 [534]).

También se identificaban los donantes como patriotas, como Francisco Baldobinos, o como aliados

a la causa. Por ejemplo "D. Tomas de Balenzategui obló 28 onzas de oro, y varias obras importantes para la Biblioteca, expresando en el acto quanto le interesaba contribuir a la realización de un establecimiento que honraba al País y lisongeaba su adhesión a él" por el equivalente de 483 pesos con 7 reales. (*Gaceta*, [1910] 2/10/1810, p. 12 [462]). Además, el "Dr. D. Manuel de Gorbea, abogado de la Real Audiencia de Chile, ha oblado una onza, tributando en el acto enérgicas y expresiones de elogio a un gobierno que tan sabiamente medita y promueve la pública ilustración" entregó 17 pesos con dos reales (*Gaceta*, [1910] 15/11/1810, p. 388 [626]). A diferencia de las grandes donaciones, se encontraban aquellas, como la que Antonio Camargo donó, 2 pesos, y que era portero de la Secretaría del Superior Gobierno; así como de quienes donaban de acuerdo a sus facultades, pero no a sus deseos.

Las mujeres también aparecieron en la lista de donantes de dineros, maderas, onzas de oro y libros, como Doña Martina Lavardén y Arce, hermana de Manuel José de Lavardén, que "con laudable generosidad mandó una gran cantidad de libros a la Biblioteca, para que a elección de los encargados de ella, se tomaran las obras que se considerasen útiles [...]" (*Gaceta*, [1910] 7/2/1811, p. 548). Los libros que se encontraban repetidos o que no fueron considerados necesarios se le devolvieron. Al cruzar la información con el libro de

donaciones se pudo saber cuáles fueron los libros aceptados, que se supone con probable certeza que pertenecieron a su hermano.

En los artículos que firmó Lavardén, entre 1802 y 1803, en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* de Juan Hipólito Vieytes, se comentaron o utilizaron estos libros como cita de autoridad que serían rebatidos en su prosa. Entre los libros que Martina Lavardén donó a la biblioteca se encontraban de Condillac, *El comercio y el gobierno considerados en relación mutua*, en francés en in-octavo; de Serra *La ciencia del comercio*, en italiano; de Pluche, *Espectáculo de la naturaleza* en 16 tomos en in-cuarto, de Weuves, *Reflexiones históricas y políticas sobre el comercio de Francia con sus colonias de América*, en francés, en in-octavo y de Valcarcel *Agricultura general y gobierno de la casa de campo*, en 7 tomos en in-cuarto.

Estos casos no son anecdóticos, leídos en conjunto con la categoría de Grieco (2018) sobre la inversión en generaciones futuras, permiten trazar una gradación de estrategias de posicionamiento dentro del mismo gesto de donar. Balbastro, Oliden y Guerra no donaron a su propio nombre sino al de sus hijos menores, lo que, siguiendo a Grieco, antes que un gesto de modestia, operaba como una inscripción del apellido familiar en el nuevo orden revolucionario, apostando el crédito generado por la donación a una generación que

todavía no podía reclamarlo por sí misma.

Gorbea, en cambio, condensó ambas dimensiones en un mismo acto: donó y, en el mismo movimiento, tributó “elogios a un gobierno que tan sabiamente medita y promueve la pública ilustración” (*Gaceta*, [1910] 15/11/1810, p. 388 [626]), haciendo explícito lo que en otros donantes permanece implícito en la sola publicación del nombre, es decir, que la donación era también un acto de comunicación política dirigido a la autoridad que la recibía. El caso de Martina Lavardén añade una tercera variante: al donar los libros de su hermano fallecido, no movilizaba solamente un capital económico sino el prestigio de un linaje letrado, el de Manuel José de Lavardén, ya reconocido en la prensa virreinal, reinsertándolo en el campo cultural de la biblioteca naciente.

A principios de 1811, ya bajo la gestión de Luis José de Chorroarín, se publicaron en la *Gaceta* dos avisos dirigidos a “los amantes de la pública ilustración” que quisieran auxiliar con sus donativos a la Biblioteca Pública. Se comunicaba que debían dirigirse a la institución para realizar sus ofertas y, en el caso que quisieran por “sus loables patrióticos deseos” (*Gaceta*, 1811, p. 524) donar libros, tenían la palabra empeñada del director que no recibiría libros que ya estuvieran en la institución.

Aunque, se aclaraba que solo los aceptaría en el caso de “que sean de diferente edición que induzca algún aumento o variedad y así lo haré presente á los donantes” (*Gaceta*, 1811, p. 658-659). Por ejemplo, José de Serra Vall no sólo donó el *Viaje histórico, pintoresco y filosófico de*

la Grecia por Pausanias, en francés, y el *Teatro histórico crítico de la elocuencia española* de Capmany, sino que también entregó “dos obritas más, que, advertido de haberlas en la biblioteca, las dejó, sin embargo, para que se vendiesen o cambiasen por otras” (*Gaceta*, 8/8/1811, p. 875)).

Cierre

La última noticia que se halló en la *Gaceta* sobre la Biblioteca Pública antes de su apertura fue el 13 de marzo, cuando se anunció que abriría sus puertas “el lunes próximo de la semana entrante, y de orden del gobierno se comunica al público para su inteligencia” (*Gaceta*, 13/3/1812, p. 112). En el periódico *El Censor*, su editor Vicente Pazos Kanki, firmó en el periódico del 17 de marzo de 1812 unas breves líneas que daban cuenta del acto de apertura de la Biblioteca Pública de Buenos Aires y que se franquearía al público desde las 8 a las 12 y media del día, hasta finales de abril, cuando se pensaba en cambiar el horario.

Juan Manuel Beruti anotó en su cuaderno de *Memorias curiosas* que el 16 de marzo de 1812, a la tarde, fue la apertura de la Biblioteca Pública de esta capital, la que se compone de ocho mil volúmenes actualmente; a cuya inauguración asistió el

excelentísimo Gobierno y demás autoridades eclesiásticas, civiles y militares e infinitos ciudadanos, ante quienes el doctor, don Joaquín Ruiz, pronunció una oración sobre lo benéfico de este establecimiento (Beruti, 2001, p. 210).

Las invasiones inglesas y su expulsión por parte de los criollos, la doble abdicación de Bayona del trono español en favor de José Bonaparte, disparó una crisis de legitimidad de la monarquía española que se acrecentó frente a la disolución de la Junta de Sevilla que había nombrado al virrey Cisneros. El período que se conoció como la Revolución de Mayo, incubó a su interior dos revoluciones, la primera será republicana, entre 1810 y 1816, porque “el combate no era contra el rey sino contra las instituciones españolas que se arroban su representación” (Entin, 2016, p. 13), pero a pesar de contar con autonomía frente al gobierno

español, la junta mantuvo las leyes monárquicas. La revolución que siguió fue la independentista, de 1816 a 1820, cuando frente a la avanzada borbónica para retomar los antiguos dominios de la corona se llevó adelante:

la guerra como un combate por la libertad de América contra la dominación de España. Pero los campos de batalla mostraban que se trataba menos de una lucha entre americanos y españoles que una guerra entre americanos que se disputaban el poder (Entin, 2016, p. 14).

En ese espectro temporal, que va desde 1810, cuando Mariano Moreno buscaba la impresión de su traducción fragmentaria del *Contrato Social* de Jean Jacques Rousseau, y la revolución había roto alguna de las compuertas para la circulación del saber, hasta la solicitud de prohibición, venta y uso público de los libros de Voltaire y otros incrédulos que realizó Pedro Ignacio de Castro, diputado por La Rioja en el Congreso en 1817, al mismo tiempo que en Catamarca un fraile exigía combatir el “execrable libertinaje” de Rousseau, Diderot, D’Alambert y Francisco Suárez, ya que “todos eran asociados a la defensa de la soberanía del pueblo” (Entin, 2016, p. 18).

La Biblioteca no fue ajena a estas discusiones, ya que el volumen de las

donaciones decreció a partir de 1813, por lo que se podría conjeturar que la institución fue parte fundacional de la revolución republicana. En el marco de la revolución, se podría pensar que pervivía la cultura política de la donación y que aquellos que entregaban sus aportes a la institución, como lo hicieron los comerciantes ingleses, tal vez esperaban ciertas prerrogativas del nuevo gobierno.

La investigación de Viviana Grieco abrió un nuevo panorama para pensar las donaciones a la Biblioteca Pública, para rastrear a los donantes en relación con su cercanía al Cabildo o prerrogativas que hubieran tenido, lo que permitirá volver sobre un capítulo de la historia de las bibliotecas en Argentina, que parecía clausurado y que deja una hendija para volver a indagar sobre los agentes y sus motivaciones.

Las narraciones relevadas sostienen que la Biblioteca Pública de Buenos Aires, como heredera de la Revolución de Mayo, recibió las donaciones en favor del bien común y la felicidad del pueblo. Quedan otras variables para profundizar el análisis de las donaciones desde la sociología cultural, por ejemplo, para analizar si las donaciones y declamaciones con nombre y apellido en la prensa estaban ligadas a la “presentación de sí”, en clave a la microsociología de Erving Goffman (1997). Es decir, podría pensarse que la donación es una fachada para proyectar una imagen de ciudadano ilustrado y patriota que

tiene como escenario la prensa que es leída por los pares sociales. Una forma de controlar la información que reciben otros sobre el donante.

Desde la cultura política se podrá indagar en el futuro si las donaciones de libros y dineros implicaron para algunos de los agentes un tipo de contraprestación, tal como era usual en tiempos virreinales. Al poner la donación como acto patriótico bajo la lupa nos permitirá dar cuenta de los distintos matices de la intervención de los agentes en la formación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. No se propone aquí la resolución del enigma del motivo de las donaciones, solo se abre la puerta para iluminar otras posibles interpretaciones a futuros investigadores.

La historia de la lectura del siglo XIX es un terreno con límites porosos. La historia política usualmente fue leída para marcar la temporalidad de la historia cultural, pero aquí se piensa como una forma imbricada donde la política entraría en el campo cultural. Donar las palabras era no solo mostrarse frente a otros, como si fuera un petimetre, sino apostar por un futuro, pero con intenciones inciertas. Esta incertidumbre, sin embargo, no anulaba la lógica del cálculo. Si se retoma el pactismo en los términos de Grieco (2018), el donativo no era un gesto gratuito sino un acto que vinculaba al donante con el poder más allá de lo fiscal: al donar, el sujeto generaba un crédito a

favor que, aunque no garantizara una compensación cierta en tiempo ni en forma, lo situaba en una posición de reclamo legítimo frente a las nuevas autoridades.

La publicación del nombre en la *Gaceta* era la instancia donde ese crédito se hacía visible. El donante presentaba una fachada de ciudadano ilustrado y patriota ante sus pares, y en esa actuación los libros elegidos, nunca al azar, como se vio en los casos de Balbastro, Gorbea o Martina Lavardén, funcionaban como vehículos de signos (Goffman, 1997), antes que como simples objetos transferidos. Pierre Bourdieu (2019) permite dar un paso más en esta dirección al sostener que existir socialmente es ser percibido y reconocido, de modo que la publicación del nombre del donante no perseguía solamente visibilidad sino un capital de reconocimiento capaz de convertirse, con el tiempo, en autoridad para intervenir en el nuevo orden. Ese capital simbólico, en los términos del propio Bourdieu (2019), se acumulaba lentamente como un capital de creencia colectiva, lo que explica por qué la donación no buscaba una contraprestación inmediata sino la construcción paciente de un lugar reconocido en la comunidad letrada revolucionaria.

Leídas en conjunto, estas tres claves (el pactismo de Grieco, la presentación de sí de Goffman y el capital simbólico de Bourdieu), permiten sostener que la donación

a la Biblioteca Pública de Buenos Aires operó en un doble registro que la historiografía tradicional tendió a resolver en uno solo: el del bien común. Sin negar esa dimensión, presente en el discurso fundacional y reiterada por los propios donantes, este trabajo propone que la búsqueda del bien común y la persecución de un reconocimiento particular no fueron opciones excluyentes sino dos caras de la misma práctica. La agencia del donante, en este sentido, no se agota en la generosidad ni en el cálculo: se sitúa en la zona intermedia donde la cultura política tardocolonial y la revolución en marcha todavía no habían terminado de separar sus lenguajes.

Referencias

- Acevedo, H. (1992). Biblioteca Nacional de Argentina. *Boletín de la ANABAD*, 42(3), 13-37. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=224204>
- Arrieta, R. A. (1958). *Historia de la literatura argentina* (Vol. 1). Peuser.
- Barbier, F. (2015). *Historia de las bibliotecas: De Alejandría a las bibliotecas virtuales*. Ampersand.
- Beruti, J. M. (2001). *Memorias curiosas*. Emecé Editores.
- Bourdieu, P. (2019). *Curso de sociología general 1: Conceptos fundamentales*. Collège de France, 1981-1983. Siglo Veintiuno Editores.
- Casanello, O. C. (2008). Ciudadano/Vecino. En N. Goldman (Ed.), *Lenguaje y revolución: Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*. Prometeo Libros.
- Darnton, R. (2008). *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*. Fondo de Cultura Económica.
- Educación. (1910). En *Gaceta de Buenos Aires (1810-1821)*. Reimpresión facsimilar dirigida por la Junta de Historia y Numismática Americana (Vol. 1). Junta de Historia y Numismática Americana. (Obra original publicada el 13 de septiembre de 1810).
- Entin, G. (2016). Prólogo. Enigmas y dilemas de la independencia. En *Crear la independencia: Historia de un problema argentino*. Capital Intelectual.
- Gaceta de Buenos Aires (1810-1821). Reimpresión facsimilar dirigida por la Junta de Historia y Numismática Americana (Vol. 1). (1910). Junta de Historia y Numismática Americana.
- Goffman, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu.
- González, H. (2010). *Historia de la Biblioteca Nacional: Estado de una polémica*. Ediciones Biblioteca Nacional.
- Grieco, V. L. (2018). *La política de dar en el Virreinato del Río de la Plata: Donantes, prestamistas, súbditos y ciudadanos*. Prometeo Libros.

- Groussac, P. (1901). *Noticia histórica sobre la Biblioteca de Buenos Aires (1810-1901)*. Coni.
- Iglesias, C., y El Jaber, L. (Eds.). (2014). *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. 1. Emecé.
- Levene, R. (1938). *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*. Talleres gráficos de la Penitenciaría Nacional.
- Maggio-Ramírez, M. (2013). La biblioteca indigesta: Una hipótesis sobre el horario de atención a los lectores en la Biblioteca Pública de Buenos Aires. *Información, Cultura y Sociedad*, (28), 73-89. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/11141>
- Maggio-Ramírez, M. (2021). La biblioteca en el papel: Las tensiones organizativas en el proceso de apertura de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: 1810-1823. *Anales de Documentación*, 24(1). <https://doi.org/10.6018/analesdoc.426481>
- Maggio-Ramírez, M. (2022). Música y medicina doméstica en la Biblioteca Pública de Buenos Aires. En N. Vasallo (Ed.), *Historia Contemporánea. Problemas, debates y perspectivas* (pp. 1057-1066). Ediuns - Universidad Nacional del Sur. <https://www.aacademica.org/maggioramirez/50>
- Maggio-Ramírez, M. (2023). Los sonidos de la civilidad en la Biblioteca Pública de Buenos Aires. La música en los libros sobre historia natural y literatura medicinal. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 23(1), e179. <https://doi.org/10.24215/2314257Xe179>
- Míguez, G. (2012). El libro de donaciones de la Biblioteca Pública y la Gazeta de Buenos Ayres. En *Biblioteca Nacional. Dos siglos de donaciones*, 11-12. Biblioteca Nacional.
- Parada, A. E. (2002). *De la biblioteca particular a la biblioteca pública: Libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires 1779-1812*. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Parada, A. E. (2009). *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: Antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*. INIBI-FfYL-UBA.

- Primer libro de donaciones* [Manuscrito]. (s. f.). Biblioteca Nacional de la República Argentina. <https://www.bn.gob.ar/>
- Probst, J. (1946). *Juan Baltasar Maziel. El maestro de la generación de mayo*. Instituto de Didáctica, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Rípodas Ardanaz, D. (1999). *La biblioteca porteña del obispo Azamor y Ramírez: 1788-1796*. PRISCO-CONICET.
- Rojas, R. (1924). *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata. Los coloniales* (2.ª ed.). Librería «La Facultad».
- Salas, H. (1997). *Biblioteca Nacional Argentina*. Manrique Zago.
- Sarmiento, N. (1930). *Historia del libro y de las bibliotecas argentinas*. Veggia.
- Telégrafo Mercantil: Rural, político-económico e historiógrafo del Río de la Plata* (Vol. 1). (1914). Junta de Historia y Numismática Americana.
- Torre Revello, J. (1965). Bibliotecas en el Buenos Aires antiguo desde 1729 hasta la inauguración de la Biblioteca Pública en 1812. *Revista de Historia de América*, (59), 1-148.
- Urquiza Almandoz, O. F. (1972). *La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica: Desde 1810 hasta 1820*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Zanetti, S. (1979). *Capítulos. Historia de la literatura argentina* (Vol. 1). Centro Editor de América Latina.



Artículo disponible en acceso abierto bajo la Licencia CC Atribución-NoComercial-SinDerivadas.